

ASTOR BRIME

CAMINOS
DEL SILENCIO

POEMAS

EDICIONES RONDAS
BARCELONA
1975

ASTOR BRIME

CAMINOS
DEL SILENCIO

POEMAS

EDICIONES RONDAS
BARCELONA
1975

En nota autobiográfica dice el autor de “Caminos del silencio”: -Mi seudónimo lo ha motivado una caprichosa y afectiva razón geográfica. La capital maragata y su aldea Brimeda, cuyo archivo parroquial da fe de que allí nació y fue bautizado Generoso García Castrillo, me han llevado a la literatura con esa credencial, que pronuncian a la inglesa los que se la dan de entendidos. Por Astor Brime me conocen en Sevilla los del grupo poético Angaro y los de la revista Cal. No tengo publicado ningún libro de versos-

El Padre García Castrillo, misionero, hombre de acendrada fe, ha recorrido lejanas tierras, ha visto en su periplo americano volcanes y montañas, ríos y mares, miseria y amor; se ha forjado en la dura tarea del camino donde no existen lechos de rosas ni alcatifas sobre las que descansan los pies los privilegiados del mundo; ha conocido pueblos que le necesitaban y a los que llevó su mensaje con el fervor evangélico de quien está iluminado por Dios y al que comprenden los que tienen hambre y sed de justicia, de la divina y humana. Y el Padre García Castrillo, que como todo poeta, vivió y vive el don de la palabra, que es en consecuencia más esencial, un fundamento del amor, quiso un día –a través de su heterónimo Astor Brime—dejar testimonio del hombre que es y a pulsos de su corazón humanísimo, echó a palpitar estos versos del Caminos del Silencio, que forman un canto unánime, solidario, por el que transita la esperanza, la vida, ya transfiguradas en hálito lírico, en sentimiento e imagen que encimen el hombre a la belleza. Y esta poesía se hace de intimidades y de verdades, de largas conversaciones con el cielo y la tierra, con la autenticidad del que sabe que la vanidad empobrece a la literatura, pues no es la vanidad quien ha dictado estos poemas sino el amor a Dios y la certeza y la agonía de ser aquí, en el mundo, un nudo existencial entre el oscuro devenir de la sangre y la luz de la fe. Y cuando se siente en las palabras esta verdad y la experiencia de aquel existir ha puesto su impronta sobre el vivo laque del corazón, no se comienza con un libro como éste sino que se continúa con el libro de siempre, el que nos llega desde el camino del silencio al poema – testigo conmovido del tiempo -, para que todos seamos uno en esta unión en esta unión y se levante la voz que ha atravesado las tierras y los mares con el lenguaje del cielo. Buen camino a Astor Brime – a mi amigo García Castrillo – y que su andar sea el de los bienaventurados.

Hugo Emilio Pedemonte

A ANDRES MIRON

c ASTOR BRIME

Primera Edición: Diciembre 1975

EDICIONES RONDAS

C. Peligro, 8. BARCELONA (España)

Depósito Legal: B-51537-75

I.S.B.N. 84-85247-02-7

Impreso en los talleres de
Gráficas Fomento
C. Peligro, 8. Barcelona

I

Me voy por los caminos del silencio
sin rozar una rosa,
encorvado al tundirme las sospechas,
que los hombres cargaron en mis hombros.

Que se queden pasmadas las distancias
bajo el sol, a la vera del camino;
yo no he de alzar su vuelo:
me basta con la huella de mi paso
para medir el tiempo
y decir a las cosas lo que quiero.

Razón o sin razón, son mías
las voces que me envuelven,
sin tenderle la mano pordiosera.

El árbol, que encarama hasta mis frondas
mi savia, en mis raíces succionada,
al perfilar su altura entre las luces
abre espejos,
espejos hojas,
espejos ojos
de horizontes tan míos hacia adentro,
que el pájaro, la flor y la sonrisa
vuelan, aroman, gozan
allá en donde yo soy mi solo únicamente.

Nada bebe la fuente del arroyo:
el agua, que a latidos interiores
a sí misma se empuja hacia su canto,
bulle en pasión de entrega.

Agua mía,
por la que soy yo mismo
perennemente nuevo y diferente,
sin perder un instante mi horma de venero.

Agua fría,
para templar la fiebre de mi verso desbordado.

Agua secreto,
que tan profunda vienes,
sin nadie más que yo sienta el susurro
debajo de mi tierra;
agua inquieta,
silencio caminante,
agua.

Detrás queda el barullo de los hombres.
Y entro y salgo así, calladamente.

II

El río me es tan hombre, que al llevarles
a las cosas mi fiel conocimiento,
en el cauce del alma las anega
haciéndomelas mías. Y no canta
el pájaro en la rama, ni se arroba
el ángel en el cielo, porque el agua
me entona a mi por dentro sus espejos,
donde apropio universos, que me agrandan
al izar el misterio de la vida.

Hace tiempo cayeron con la poda
las ramas de lo tuyo y de lo ajeno,
y al quererte, yo amo lo que es mío,
y tu herida me duele en la medula.
Así marchan el ritmo y la medida
por compases de estrellas acordados
y por ojos de niño interrogantes,
sin más razón de ser que la existencia,
floreceda en los ástiles del ágape,
vencidas las fronteras de la nada
hacia el ámbito exacto de mi brazo.
Y al alzarse mis horas silenciosas
por el cielo infinito de mi gozo
para dar horizonte a mis miradas,
ya no sé si soy yo el de mi pupila,
o está Dios remansándose en mi frente.

III

Vengo a darte el silencio. Abre luego
el corazón y escucha. ¿No es verdad
que tenemos los dos la misma sangre
floreciendo latidos?. Las palabras
fueron hojas de otoño, que cayeron
con el triste rumor de lo gastado.
Para qué atar promesas en las rosas.
Deshojemos corolas en el río,
y marchemos por él sin decir nada.

IV

En esta gota de agua está la nube,
que algodónó la herida de la lluvia,
lo mismo que en la frente, la caricia
de la mano de Dios, que me retuvo
las alas con su pulso misterioso.
Ahora entiendo el enigma de mi verso,
en qué estrella o en qué flor de paraíso
anidaron el brillo y el aroma.
Se levantan, palomas, las respuestas
desde todas mis frondas hasta un cielo
calado de verdades.
Ni una sola se queda sin el rumbo
Seguro de certeza, iluminada,
enarcando la palma hasta la orilla,
con el toque de amor a flor de pétalo,
que la medula de ambos estremece.
El agua del espejo de tus ojos
tiene la transparencia de los míos,
porque una misma fuente
les trazó los arroyos de la pena;
por eso les pregunto a mis cantares
cuando quiero saber tus melodías,
aunque está en la orilla,
sin más rumor de mi, que el que se alarga
por este alado puente, que nos deja
latiendo en el recuerdo solitario.
¿Son míos o son tuyos
los latidos que teje mi memoria?.

V

Ahora sí, pues tengo en este instante
apretada la luz entre los ojos,
librados de la herida de las cosas.
¡Qué bien suenan las cuerdas del recuerdo
guitarreando por dentro mi memoria
con las gotas de lluvia en los cristales
en los que mi niñez tamborilea!
¿Será sueño o verdad que soy un hombre?.

VI

Soy,
con el beso de Dios sobre mi frente
y mi hombredad entera y sin rodeos.
Ya no suena el reloj de mis pulsos,
porque el latir de Cristo ha orientado sus rumbos,
y marchó como un río sereno y caudaloso,
reflejando en mi espejo la gloria de mis cumbres.
Más allá de mi ser ya no existe el aroma,
ni la huella del tiempo se descifra en la arena,
porque tengo tan pleno mi universo alcanzado,
que es el ámbito Dios, donde vuela mi gozo.
Estoy solo, en la hondura de mi dicha inefable,
y aún persiste el halago de la gracia del vuelo,
que plegó su inocencia con caricias de manos.
Dame, Señor, la dulce suavidad sobre el heno
de la brisa olorosa, para decirte toda
la emoción de mis ojos y mi amor verdadero.
Este pecho tan joven, tan surcado de anhelos,
cómo percibe el canto de tu amor al sembrarse,
dorado por el sol de tu mirada buena.
Mis alondras, Señor, no lo dejan sin coro.

VII

Por vida no, que si por vida fuera,
no podría con el aturdimiento
del fragor de mis pulsos en cascada
sobre el ser de los hombres y las cosas,
anegando el caudal de mi poema.
A la paz del sendero solitario
le va el leve silencio del aroma,
iniciado en la flor de la mirada,
como quien no se atreve con el roce
de la luz, aunque dentro le respondan
con nombres y apellidos los colores;
como quien no hace nada, y deja el ámbito
para el eco
al doblar los recodos del olvido.
¿Qué haría yo del laurel con mis amigos...?

VIII

Entre el aroma tuyo y mi presencia
sólo el perfil del éxtasis se atreve
a rozarnos las sombras.
Como el eco del agua en los jardines
del corazón, recién resucitado
en la mudez del viento y de la lluvia,
así van paralelos nuestros pasos
hacia una claridad de amor y vida,
sin habernos unido en el abrazo,
con el recuerdo de la alta arquitectura,
que los crecidos sueños levantaron
juntando los humanos avatares
a los pulsos robustos de los árboles,
mujer soñada, viendo en la ventana
la huída reciedumbre de mi hombre.
Despojados de todas estas frondas,
que el éxtasis le extraña a los momentos,
quizá los esqueletos de las horas
nos hubieran sumido en la atonía
de no saber qué hacer con nuestras vidas,
ajenas al caudal del privilegio.
Ha sido así mejor. Innominada
en tu solo misterio inalcanzable.
Así como la tierra es universo
por su fecundidad, más que por vuelo,
aunque se normalice en su turgencia
la vida, sin más parto que un principio,
ni más flujo que el cambio de las formas,
y en pedestal de dioses se nos alza,
yo te adoro, mujer, estrella y surco,
capaz de surtidores y de espigas,
que en la frente de Dios saltan y crecen;
no importa tu lejana compañía,
tu eres diosa en el ara de mi madre.
Me bastan los murmullos de tu río,
Y sé que, en mí alejado, no estoy solo.

IX

El otoño alargó hasta el calendario
su mano inevitable, deshojando
ensueños y sonrisas. La palabra
también suena en las hojas de los árboles.
Hoy quisiera volver a ensayar nombres,
que los otros, gastados e inservibles,
se caen susurrando sus recuerdos
de aquellas primaveras de poemas.
Los árboles, los libros y los hombres
Otoñamos las hojas del silencio.

X

Por esta sangre mía, te lo juro
que no sé mas caminos que los suyos,
los del agua escondida
y los de estrellas,
que laten en la noche silenciosas.
No me esperes
¿Te acuerdas que a las tardes de la lluvia
le acortamos tus horas de muleta
mano a mano los dos con la baraja?.
Esta noche te espero en la taberna,
donde el vaso de vino tornasola
la mirada rebelde y la fatiga.
Verteremos mañana en tus poemas
tu esperanza y mi gozo,
sin que el desdén
su claridad sonora nos enturbie.
Con este río solo, con el agua
serena de la sombra, la que canta
la endecha de la piedra, sin más eco
que el temblor de las juncias en el borde
del labio humedecido; la que filtra
las verdades del cauce por la acequia
del páramo, y despierta los airones
que se alzan a las copas, llegaremos
fluyendo hasta tu alma. Lo demás,
como la vida, lo dirá el misterio.

XI

Mi cielo se cruzó de pentagramas
para las partituras de mi gozo,
al apurar la gracia silenciosa
en la fuente feliz de la violeta.
En la gota descifra el mar su espejo
para el paso triunfal de las estrellas
cuando abro mi sonrisa
a todas las preguntas de los hombres,
que acosan la esperanza de la dicha,
y el ansia del pincel busca al detalle
el chispazo del genio para el arte,
iluminando el lienzo de mi vida,
--la silla que cedí a aquella señora,
el tono de mi radio, rebajado
a la hora de la luna, y el papel,
sin caramelo, al paso, sin testigos,
hasta la amedrentada papelera...--.
Que no sepa la rosa
qué venero le trae la sonrisa.

XII

En los dedos del ángel
sintió su despedida la peseta.

Pavos reales, arqueaban arcoiris,
filacterias triunfales farisáicas,
aireando promesas en las huchas
y arrancando avaricias a los ojos.

La niña endomingada
volvió a casa sin pipas.

XIII

Gota, por diminuta,
y por brillante, perla,
engarzada en metáfora,
en donde se descifra
el temblor del principio
y el aroma del vuelo.

Rocío, beso apenas,
sin pétalo de labio
y con toda
la intensidad del goce presentido,
sin liquen de desdenes:

Por la estela del ala
hasta el cenit rotundo
de mi hombría afirmada
me llega el corazón,
niño cristal sonoro,
o pájaro brillante,
en donde ya latía
la estrella que me orbita,
lucero-nota, acorde
con los pulsos que alzaron
mi presencia serena;
quizá lucero-gota
ensartando rocío
en vialácteas adelfas.

A saber si mis altas
realidades, logradas
por las constelaciones,
son granito celeste,
tallado por los siglos
para una arquitectura
de eterna primavera,
o luz evaporada,
que huyó por espirales
del temor de la noche.

Lo cierto fue su brillo
en la flor de la aurora,
y mi presencia-fruto,
evocación,
verdad,
amor,
voz,
ser;
ro
cí
o.

XIV

Déjala, no la toques,
que es poema.
Conténtate mirando su corola
y aspirando su aroma.
Si es rosa,

es bella.

Déjala, aireando entre palabras
lo que el labio en el beso solo sabe:
-- ¡Te quiero! –
¿Hay un lago más terso y más profundo,
donde cabe en espejo todo el cielo?
¡Déjala!

¡No la toques!.

No importa
ni el número de pétalos,
ni el color.

Es rosa.

Probó el dulce tormento,
embrumado de insomnio,
de ir sintiendo romper en su capullo
la expresión,
con candidez de niña,
que se marcha a la calle endomingada.
Ningún ajeno aliento,
ni huella digital,
puede empañar su alma.

Su talle es pertenencia de mi brazo.
En mis dedos,
sintieron las palabras sus temblores.
¡Déjala!

¡No la toques!

¡Es mía!

XV

Soy la voz del que clama con sed de vida y eco;
mi verso es el unguento de rima y de cadencia;
trae en su sien aromas para secos jardines.
Porque yo sé que el vano de la palabra existe;
hundiéndome en su seno me rozaron murmullos.
Aplicad el oído a su tierra florida,
sentiréis la corriente que le inyecta el aroma.
Dios tuvo la ocurrencia de las analogías,
por eso es de universo su ámbito inexhausto.

Yo sé que en el latido del corazón del viento
se estremece un arrullo, imperceptible apenas,
como flor de rocío en la perla de un mirto.
Reloj de las tinieblas, he sentido en mis pulsos,
dejados al olvido, el misterio latente,
y he medido al capullo, que en ansias temblorosas
mece en la incertidumbre su futura belleza,
sus febriles latidos.

¡Baldíos de hermosura, vagos en las paredes
de una vida sin lumbres!:
En la tarde desnuda de un remanso sin nubes
beberéis a raudales del agua insospechada,
que mi verso, hecho vara, le extrajo a lo invisible.
¡Cuánto espejo en el vano!
El alma se derrama por tendidas arenas,
como un sueño sin diques; y es en la alfombra oliente
del límite infinito, donde acuesta el misterio
de su cielo, abocado a infinitas estrellas.
Ansío el delta múltiple de mis nacientes ramas
por hacer flor el lazo de ritmo y de cadencia,
que inicie la armonía en los dormidos nidos.

XVI

« Flevit super illam »

Silueta nazarena, palpitante y lejana,
troquelada en la piedra, contemplando la piedra,
donde lenta la lágrima
abre cauce punzante.
¡Primer Miércoles Santo, que en tu silencio ensayas
el ámbito del eco, el estallido súbito!
Piedra, que en el torrente le da el rumor al agua,
donde vierte el olivo el dolor de la sombra.
Piedra, la del camino, olvidada en el polvo,
que presiente la sangre para darla al olvido.
La desnuda de Gólgota, de pecho maternal,
donde el corazón tiembla presintiendo la herida,
arrullo y refrigerio de la niñez creyente.
¡Ay, la frente quemada, do se ondula el baldío,
en que puso la alondra la nostalgia del trigo!:
viene un viento de muerte
sin otro amor más suave que la huída en la piedra.
La calle en su angostura lleva la planta isócrona
arrastrando a la piedra la cadencia estridente:
¡El latido del tiempo, vigilando la noche!
Pasa la palma fina de la brisa plateada
con la blonda caricia, hecha flor en el huerto,
donde el brazo de piedra le retiene el aroma,
y lo alarga al olivo, que lo aspira a la altura
y adelanta el recuerdo desde el valle a la cumbre:
Duro el letargo humado del párpado cansado,
y el amor de los hombres como a un tiro de piedra,
-- todo esta noche es piedra --.
Y piedra la silueta, traspasada de luna,
donde el ángulo enarca la dovela robusta,
que construye la muerte con el cuerpo de Dios.

XVII

Mientras haya latidos para acuñar el tiempo,
lo efímero y la rosa
marcarán a la vida sus compases.
Géminis fue un horóscopo embustero,
que prendió en mis capullos soledades.
¿Qué fuego, en su oriflama,
me sostiene el milagro en que me quemo?

Pero ha cuajado plenitud la encina
--copa llena de vida y de sentido --
en la tierra sonora, donde el eco
de huellas circundantes la apisonan
y la aferran al cimiento seguro de la gleba;
tierra exacta, succión de mis raíces;
tierra impávida, ajena a las renunciadas
de tan apelmazada por los años;
tierra yunque, tundida y acosada
sin pestañar, coraza de esta sangre,
que realiza el perfil de mi persona;
tierra buena, tan mía y tan ajena,
que ya no sé si el paso que me lleva
es mi alma vegetal, o sois vosotros,
los que,
de tanto despojarme de mi sombra,
me dejáis solitario en la colina,
flagelado de vientos y de soles,
que mi frente indefensa me traspasan.
Solo yo contra el cielo y el vacío,
calado por el agua cuando llueve;
agua liberadora del polvo y del espasmo
lavando hojas y ramas;
agua espejo de mis miradas hondas,
ávida de avanzadas lontananzas;
agua lágrima,
¿de nostalgia, de pena, de añoranza?

¿O es unión o gozosa reciedumbre
tallada por el tiempo y por las cosas?
No sé;
Sólo sé que al caer despierta endechas
a otras frondas adelfas solitarias:
“¡Condenados por siempre a no saber
a qué sabe un beso de mujer!”

Célibe.

XVIII

El agua entre mis dedos se deslíe
lo mismo que la lengua de la llama.
Siento el mar todo lleno de cadencias
y me llueven la frente infinidad de ritmos.
Un noviembre veloz me bautizó de vértigo.
Mi noviembre va aquí al compás de mis sienas,
metiéndome la luna en la ventana
hasta el alma extasiada a pleno cielo,
¡América, tan mía,
en plenitud de gozo poseída!
No beberé en ninguna fuente
sin que mis labios estremezca
el terciopelo de tus besos.
Ni podré mirar nunca el lirio de una pena,
--mis indios marchitados,
encorvados al peso de injusticias --,
por eso ya no puedo ni cortar una flor,
ni quitar ningún nido.
Donde quiera que vuele mi cóndor majestuoso,
nunca tendré más norte
que la belleza definida;
por eso estoy en ti, Goillarizquizga,
por eso estás en mí, Campo de Estrellas,
y a cuatro mil ciento noventa metros
elevas tus rumores profundos, río Huellaga,
desperzando largo tus sueños cadenciosos,
y me alargas su aroma
de tierra, de cristal y de rocío,
cuando Dios abre sobre el atril inmenso de los Andes
la partitura de la mañana virgen,
estallando el concierto de colores
con los ecos de nieve eternizada
del Raura al Huescarán;
ecos lavados por la luz recién nacida,
colgados en mis ojos,
herís aquí,
aquí en donde me corre todo el mundo,
poblándome de esferas zodiacales
mi universo interior.

La noche ya no es noche,
ni el reloj es medida
desde que las luciérnagas, diminutas luciérnagas,
ojos mayas, estrellas fluorescentes,
constelación en torno a mi salvadoreño centauro,
pespuntearon de luz todas mis avenidas interiores;
isótopos orlados por pincel invisible,
brilláis aquí,
aquí en donde los músculos no tensan
la arquitectura de todas mis ciudades.
Lima, París, Madrid y Buenos Aires,
Roma, Quito, Granada y Río Janeiro...;
pétalos y sirenas
aroman de corolas y cantares
las crenchas de mis ondas, remansadas
en el abrazo de bahías amigas.
¿Por qué secreto río
confluyeron en mis nardos y flores?
El vino se encarama por fiel enredadera,
llevando hasta las puntas de mis frondas
el ágape gozoso en resonancias de latidos;
la espina que arranqué del pie de aquella niña
cuando una perla virgen me acarició una mano,
la rueda que cambié
y el melenudo sucio junto a la fuente proletaria
compartiendo conmigo su lata de sardinas.
Aves, a que da forma la línea y el racimo,
y el corazón alcándara para hermanar gorjeos,
cantáis aquí,
aquí en donde se me juntan el cielo con la tierra,
la tierra por mi mano de seda estremecida.
No sé si es la Vía Láctea o el gitano,
no sé si es el arroyo o la azucena,
o es el pájaro,
no sé...;
yo solo sé que siento sed de ideas
marcándome latidos a ritmos de belleza.
Nómada, nómada, nómada.

XIX

Los versos fueron años del poema,
míos solo al andarlos. Hoy persiste,
tremolado, el aroma del silencio,
con la dama del alba subsistente,
que lleva cada hombre,
y el campo en la retina del camino
bajo un sol de verdad a pleno día,
que iluminó el dolor divinizándome.
Ahora entiendo mi sino de teóforo:
lo bebí del silencio.

XX

Yo sé que tengo la verdad conmigo,
porque puedo mirar tranquilo al cielo,
y porque el alma está pensando un vuelo
como una alondra en el fervor del trigo.

A mi vera rezando el sauce amigo
vierte en el agua limpia mi consuelo.
Todas las asperezas de mi suelo
el olvido llevóselas consigo.

Solo me queda en la desierta playa
la huella en la memoria de la arena.
Todo me es vasta mar, y yo, atalaya,

esperando el amor de la sirena.
¡Ay, canto en que la vida se desmaya,
cuándo tu abrazo acogerá mi pena...!

XXI

A copa mi dolor eleva el pino
liberando de tierra la premura
de ansiada claridad, y en su espesura
el sesgo de la luz le arranca un trino.

¿Quién yugó el misterioso desatino?:
Poblada soledad, fondo y altura,
esplendor en mi rota arquitectura,
vértice de lo humano y lo divino.

Si mi perla descifra encarcelada
la ruta de la luz; si voy sediento
de estrellas, --¿quién la joven alborada

colgó en mi noche?— siendo firmamento;
si yo canto en la nieve de mi pena,
es que el toque de Dios mi nada llena.

XXI

Yo sólo sé que soy una respuesta
de idea fiel a perfección creada,
cuando se debatieron en la nada
las posibilidades, y en su gesta

de anhelos para el sol, la rosa, o esta
endiosada visión de mi mirada,
con la curva de ingente llamarada
enfiló el sabio arquero en su ballesta.

Por eso enciendo el cielo en lo que veo,
y alargo eternidad a lo que toco,
sin negar el venero de mi río,

enhebrado en las idas del deseo,
que da cauce y medidas a este poco
de Dios-agua, fluyendo en mi albedrío.

POEMAS

CON TITULO

EN FLOR DE VIDA

Suben por los almendros
los primeros capullos de los besos
con ritmos de crisálida.

Palpitan,
abiertos a cuchillo —love— torsos
en la sombra anillada de los árboles
bebiéndose promesas...

Arden,
arden
los ojos en los ojos, arden,
arden
arden.

A saber en qué cielo
remansa su descanso la mirada,
ahíta de misterio en flor de vida,
con el secreto abierto derrumbando
la catarata al fondo de la sed.
De fronteras acá esgrime la jauría
su tora amenazante. Anás queda
burlado en el retrato de la espalda.
¿En dónde está la limpia transparencia,
arrancada la hoja de ese libro
con el que, abriéndolo, ángeles jugaron?
Si la alondra supiera que su vuelo
pule azul infinito en corazones...
Si la línea pensara que en el gozo
la frente se remansa cuando logra
ensartar, sin doblarse, las estrellas...
Si el labio de la rosa
tuviera las palabras
ahormadas al amor como el aroma...
Confiad en las alas y en el nido
y en el aire de ser que los sustenta,
mientras las cuatro esquinas
de la devanadera de ilusiones
entraman esos giros de los fuegos,
que a la vida mantienen encendida.

EN UN VASO DE VINO

El hombre
se me subió hasta el juego.
Aún no sé cómo,
si el niño
no conocía escaleras.
La casa solariega de mi abuelo
era su planta de alma.

Angelina
--Toto, me decía,
por culpa de la lengua—
alzóse desde hermana chiquita a tabernera.

¿Fue la osada banquetta,
de mostrador inflada,
la culpable?
Fue la jarra...
La música redonda del tintineo
siempre será en mis sienes, de aluminio,
y la flor de la espuma,
en un vaso de vino.

Yo devanaba el hombre
entre la calle y el mostrador-banqueta.
Angelina vertía
su diminuta candidez de hermana
esponjando de lumbres
la báquica canción.

Después...
Los montes del poniente eran gigantes
los brazos de los árboles
le tiraban estrellas a la luna,
que se me derramaba
ahogándome de miedos la cabeza.
Y los grillos
estriaban cristales
de infinitos espejos,
por los que me crecía la mirada.

¿Fue aquella tarde en llamas
la que incendió de versos mi existencia?

DONDE ONDULA UN RECUERDO

En esta gota de agua está la nube,
que aldonó la herida de la lluvia,
lo mismo que en la frente, la caricia
de la mano de Dios, que me retuvo
las alas con su pulso misterioso.
Ahora entiendo el enigma de mi verso
traspasado de luz
recogiendo en sus ecos
resonancias eternas.

A saber

en qué estrella o en qué flor de paraíso
anidaron el brillo y el aroma.
Se levantan palomas las respuestas
desde todas mis frondas hasta un cielo
calado de verdades.
Ni una sola se queda sin el rumbo
seguro de certeza iluminada,
enarcando la palma hasta la orilla,
con el toque de amor a flor de pétalo,
que la médula de ambos estremece.
El agua del espejo de tus ojos
tiene la transparencia de los míos,
porque una misma fuente
les trazó los arroyos de la pena;
por eso les pregunto a mis cantares
cuando quiero saber tus melodías,
aunque estás en la orilla,
sin más rumor de mí, que el que se alarga
por este alado puente, que nos deja
latiendo en el recuerdo solitario.
¿Son míos o son tuyos
los latidos que teje mi memoria?.

SIEMPRE

“destilarán amor”

¿Ves el junquillo inocente,
creyéndose que ha vencido
la corriente?

Otra vez cuenta a la arena
la eternidad de su pena
con un beso de dolor.
Como mi amor.

LUNA DE NIEVE

Luna de nieve en el cielo
llora albor en los trigales.
Hay rumor de manantiales
para la sed de un anhelo.

Errando su desconsuelo
va el trigo endulzando males;
alza, en sueños cenitales,
desesperanzado vuelo.

Cierra el cielo su postigo
con la angustia de la pena.
¡Ay, si haciéndosele amigo,

viera, que a la luna llena,
de tanto mirar al trigo,
se le ha puesto tez morena!

BAILE DE LA INMACULADA

“para airearlos eternamente míos”

Cielo andaluz de Sevilla,
mantilla de Inmaculada,
espejo en el que los Seises
sus ritmos azules bailan:

“Perla, que en alba de un mundo
cuajó su puro cristal,
por eso sois concebida
sin pecado original.”

Seis cuchillos de diamantes,
seis corazones en danza,
tolva de amores con ritmo,
ángeles de inquietas alas,
que en vuelo de castañuelas,
dan pulsos a la Giralda.

--Por eso tiene la fiebre
de la belleza y la gracia.—

El incienso les da nubes;
Murillo, en estrellas plata;
y la Virgen les da cielo
para sus ojos y alas.

Angeles..., Seises..., Sevilla...

¡Baile de la Inmaculada!

CAMINO DE DIOS

“copa llena de vida y de sentido”

Camino de Dios andaba.
la dulce esperanza mía.
Camino de Dios... Quedaba
un hálito de agonía
en su cansada porfía.
Camino de Dios andaba...

Noche baja, en que su pena,
transida de cementerio,
se perfilaba en la almena.
Jirones de su salterio
roce de vida arrancaba.
Camino de Dios andaba...

--Estrellas, ¿vuestros temblores
estremecieron su frente?
¿Vino a acariciarnos, flores...?
A su inquietud impaciente
el silencio replicaba.
Camino de Dios andaba.

Sonrisas de vida daba...
Camino de Dios andaba...

INDICE

	Págs
I Me voy por los caminos del silencio.....	5
II El río me es tan hombre.....	7
III Vengo a darte el silencio.....	8
IV En esta gota de agua está la nube.....	9
V Ahora sí.....	10
VI Soy.....	11
VII Por vida no, que por si vida fuere.....	12
VIII Entre el aroma tuyo y mi presencia.....	13
IX El otoño alargó hasta el calendario.....	14
X Por esta sangre mía.....	15
XI Mi cielo se cruzó de pentagramas.....	16
XII En los dedos del ángel.....	16
XIII Gota, por diminuta.....	17
XIV Déjala, no la toques.....	19
XV Soy la voz del que clama con sed de vida y eco.....	20
XVI Silueta nazarena.....	21
XVII Mientras haya latidos.....	22
XVIII El agua entre mis dedos se deslie.....	24
XIX Los versos fueron años del poema.....	26
XX Yo sé que tengo la verdad conmigo.....	27
XXI A copa mi dolor.....	28
XXII Yo solo sé que soy una respuesta.....	29
En flor de vida.....	31
En un vaso de vino.....	32
Donde ondula un recuerdo.....	33
Siempre.....	34
Luna de nieve.....	35
Baile de la Inmaculada.....	36
Camino de Dios.....	37